

Arturo Fernández¹

Estado, Movimientos Sociales y Sindicalismo en América Latina

Resumen: Se exponen críticamente diversas concepciones sobre Movimientos Sociales y su proyección política desarrolladas en América Latina en los últimos cuarenta años. Luego se inscribe a los Sindicatos como el más antiguo y significativo Movimiento Social de las sociedades capitalistas y, por lo tanto de la región, realizando un balance de sus fortalezas y debilidades actuales y potenciales.

Palabras Clave: Movimiento social; sindicatos; proyección política; América Latina.

Resumo: O artigo expõe criticamente diversas concepções sobre Movimentos Sociais e sua projeção política desenvolvida na América Latina nos últimos quarenta anos. Logo se refere aos sindicatos como o mais antigo e significativo Movimento Social das sociedades capitalistas e, portanto, da região, realizando um balanço de suas forças e debilidades atuais e potenciais.

Palavras-chave: Movimento social; sindicatos; projeção política; América Latina.

Abstract: The article critically displays diverse conceptions on social Movements and its projection politics developed in Latin America in last the cuarenta years. Soon it is mentioned to the unions as the oldest and significant Social Movement of capitalist societies e, therefore of the region, carrying through a current and potential rocking of its forces and debilidades.

Key-words: Social movements; unions; political projection; Latin America.

La evolución social y política de los últimos dos siglos estuvo marcada por el conflicto Capital – Trabajo y por el surgimiento de actores sociales y políticos que lo expresaron. Las diversas ramas de las Ciencias Sociales nacientes intentaron explicar la naturaleza, los caracteres y la evolución de la lucha que emergió y, por ello, economistas, sociólogos y politólogos se enfrentaron y debatieron desde 1800 hasta nuestros días. El enfrentamiento y el debate no han concluido y, en realidad, se recrean en cada nueva etapa del desarrollo del capitalismo.

¹Investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con lugar de trabajo en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Profesor titular regular de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

La región latinoamericana está inmersa en esa evolución y tampoco puede escapar a un hecho central de nuestro tiempo: la relación Capital - Trabajo fue modificada por la revolución tecnológica y económica materializada hacia 1980, de manera aún imprecisa y de dificultosa comprensión. Por ello, en una etapa de vertiginosos cambios, suelen aparecer posturas encontradas en las diversas Ciencias Sociales; por una parte, algunos sostienen que nada sustantivo cambió en esa conflictiva relación entre capitalistas y trabajadores; otros conciben una nueva sociedad global donde las nuevas tecnologías habrían diluido el pasado orden social y político; y algunos creen observar el desarrollo de una prolongada crisis final del Sistema Capitalista. En este artículo nos abocaremos a analizar el rol y la proyección política de los Movimientos Sociales y del Sindicalismo, analizando críticamente los diversos enfoques de la Ciencia Política que los abordan.

En América Latina los análisis políticos no escapan a esta dualidad, traten del tema laboral o de otros nudos problemáticos fundamentales de la sociedad actual. Justamente el objetivo central de nuestro aporte es describir el debate que se desarrolla desde hace treinta años acerca del rol de los actores políticos como sujetos históricos capaces de lograr condiciones satisfactorias de libertad y justicia, en particular en el ámbito del mundo del

1. Los Movimientos Sociales como actor político en América Latina²

Un importante impulso para el desarrollo de estudios sobre Movimientos Sociales en América Latina provino de la producción teórica y de la influencia intelectual del sociólogo francés Alain Touraine, asumidas por autores latinoamericanos tan relevantes como el brasileño Fernando Cardoso o el argentino Juan Carlos Torre; ello se amplió en los años setenta y ochenta a través de las tareas de investigación de los Grupos de Trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) de los años setenta. Con la dirección del sociólogo Francisco Delich la red de CLACSO estableció como prioridad de reflexión teórica en la región el tema de la democracia como eje central articulador de las investigaciones, por lo cual los estudios sobre los movimientos sociales, la constitución de nuevos sujetos políticos y el fortalecimiento de la sociedad civil pasaron a estar estrechamente ligados al de la transición y consolidación de la democracia.

Esta opción académica favoreció el predominio del enfoque tourainiano sobre Movimientos Sociales, el cual se consolidó con un nuevo aporte de interpretación global de la temática, preparado por el sociólogo francés en 1984 (Touraine, 1984).

Touraine sostuvo en la citada obra que en América Latina “es difícil hablar de Movimientos Sociales si por ello uno entiende acciones colectivas orientadas hacia el control social de los recursos centrales en un tipo societal específico, por

² Existe una bibliografía no citada expresamente en el texto, pero que es fundamental para ampliar el debate actual sobre movimientos sociales y sindicalismo en América Latina: Boron, A. y Lechini, G. (comp.). *Política y Movimientos Sociales en un mundo hegemónico*. Buenos Aires: Ed. CLACSO, 2006; De La Garza T (comp.) *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*. Buenos Aires: Ed. CLACSO, 2002; Rehfeldt, H., *Globalización, neocorporativismo y pactos sociales* Buenos Aires: Lumen Humanitas, 2000; SEOANE, J. (comp.) *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*. Buenos Aires: Ed. CLACSO, 2005; Tarrow, S. *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Ed. Alianza, 1994.

ejemplo, la sociedad industrial. Es más adecuado hablar de movimientos o luchas históricas, orientados hacia el control del proceso de cambio histórico, pero recordando que estas luchas movilizan también a actores definidos dentro del sistema industrial o de cualquier otro tipo social... Esta disociación de categorías que pertenecen a la sociedad industrial y de actores definidos en términos de dependencia o de marginalidad, puede llegar hasta una dualización extrema de la vida política que resulta de la disociación de los actores "internos" y de los actores "externos" que son a la vez el capitalismo extranjero y los que pertenecen al sector informal" (Touraine, 1984, p. 44).

Por lo tanto, este autor sostiene que "ni los trabajadores agrícolas ni las clases medias ni siquiera los obreros industriales representan categorías con cierta homogeneidad cultural y política, de tal manera que ni son actores históricos autónomos y reales aunque el comportamiento de los miembros de tales categorías tenga desde luego una gran importancia" (TOURAINÉ, 1984, p. 44). En el mismo sentido, el boliviano Calderón y la argentina Jelín, ligados a los Grupos de CLACSO, escriben: "Una característica propia de América Latina es que no existen movimientos sociales puros, o claramente definidos, dada la multi-dimensionalidad en sus relaciones sociales pero también la de sus propios sentidos de acción colectiva. De esta forma, los movimientos sociales se ven nutridos por múltiples energías que incluyen, en su constitución, desde formas orgánicas de acción social por el control del sistema político y cultural, hasta modos de transformación y participación cotidiana de auto-producción societal".(CALDERÓN e JELIN, 1987, p. 76).

Estas consideraciones confirman el carácter singular de la estructura social latinoamericana y muestran diversas diferencias entre esa estructura social y la de los países desarrollados; ello va a repercutir en la proyección política de los Movimientos Sociales.

Sin embargo, nos parece parcial el estudio de los Movimientos Sociales si se afirmase, por una aparente falta de información o por adscripción a una suerte de "mística movimientista", que todos ellos son progresistas y anti-oligárquicos. Ello no es así, particularmente en áreas subdesarrolladas como América Latina. La proliferación de sectas protestantes espiritualistas, el desarrollo de movimientos católicos neo-conservadores como "Comunión y Liberación" (de origen italiano), la movilización de contingentes juveniles importantes alrededor de líderes religiosos o sociales de tendencia conservadora o reaccionaria son fenómenos sociales que agrupan a veces más personas que los Movimientos Populares que luchan por las reivindicaciones humanas esenciales o por transformar las injustas estructuras económicas y políticas que prevalecen en la región. Algunas de esas organizaciones conservadoras son más o menos espontáneas, pero otras cumplen "tareas de distracción" de los sectores sociales oprimidos, a veces planificadas y financiadas por los grupos sociales dominantes, interesados en manipular a las víctimas de su dominación.

También cabe recordar que en América Latina, las dictaduras de "la seguridad nacional" destruyeron de cuajo Movimientos Populares ya organizados y desalentaron la constitución de otros. Esta represión fue un factor importante en la pérdida de vitalidad de ciertos movimientos sociopolíticos de los años setenta, al mismo

tiempo que el punto de partida de experiencias de acción colectiva defensiva de diversos segmentos sociales agredidos por las tendencias criminales del Estado de "la seguridad nacional". Por lo tanto, todas las sociedades de América del Sur presentan hoy una configuración en parte determinada por los estragos de diversas "purgas" represivas, las cuales no han cesado de manifestarse cuando las circunstancias "las tornan posibles". También se han adaptado políticas de integración social, públicas y privadas, para atenuar los conflictos sociales y disminuir las desigualdades más irritantes; estas políticas contribuyeron en alguna medida a forjar el perfil de los Movimientos Sociales y a condicionar sus comportamientos. En síntesis, los Movimientos Sociales pueden responder a los intereses de la clase dirigente/dominante o a los de las clases subalternas, en cuyo caso se los podría denominar Populares. Asimismo afirmamos que el concepto de Movimiento Social no subsume totalmente el de clase social aunque contribuye a comprender la cooperación del Capital y del Trabajo que se va instaurando a partir de la Primera Guerra Mundial en cada vez más Estados.

El carácter heterogéneo de los Movimientos Sociales de América Latina ha sido un rasgo histórico comprobado en importantes estudios empíricos, los cuales sobresalió el titulado "¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?", coordinado por Fernando Calderón y Mario Dos Santos y publicado en ocho tomos (CLACSO, 1988-1990). Ello confirmaría la dificultad de una teorización unívoca.

Es plausible que prevalezca el carácter policlasista de gran parte de los Movimientos Populares (rasgo que tiende a generalizarse en el llamado Tercer Mundo y también en los países desarrollados) pero esos Movimientos son menos homogeneizados por las clases dirigentes, a diferencia de lo que sucedía en el pasado.

Por ejemplo, en algunos países (Venezuela, Bolivia) la radicalización social galvanizó la acción de los Movimientos Populares como nunca antes en su evolución histórica. No existen sólo tendencias discernibles hacia la fragmentación social o nacional sino, al contrario, se ha puesto en marcha un proceso de construcción de la identidad sub-regional y local, el cual pasa por poner límites a los tradicionales abusos de los grupos dominantes nacionales y extranjeros.

Luego, el cuestionamiento del orden social por numerosos grupos sociales en los últimos diez años, rechazando las reformas estructurales neoliberales, ha activado una aguda polémica que trasciende al rol de los movimientos sociales y su status teórico. En realidad se trata de una antigua problemática de las áreas periféricas del sistema capitalista. A partir de fines de los años noventa se tiende a homologar el concepto de movimiento social al de un actor social confrontativo y anti-capitalista en la obra de numerosos científicos sociales neo-marxistas o alter-mundialistas que denuncian los efectos perversos de la globalización económica.

Cualquiera sea el abordaje teórico, pocas son las áreas del mundo donde, durante la segunda mitad del siglo XX, se conservaron rasgos tan nítidos de la lucha de clases decimonónica (la de los albores de la sociedad industrial), sea por los caracteres esenciales de los actores de esa lucha, sea por el nivel de confrontación que ello implica actual o potencialmente. La similitud con el modelo europeo residía en que las burguesías latinoamericanas también explotaban económicamente y marginaban políticamente a las clases subordinadas, en asociación con el capital

extranjero, haciendo muy improbables los procesos de concertación social y de colaboración interclasista. A su vez, la diferencia con ese ejemplo histórico se encontraba en la incapacidad de esas burguesías para vencer el subdesarrollo económico y social, debido a la inexistencia generalizada y crónica de ciertas cualidades propias de los “grandes capitanes” de la industria europea, norteamericana o asiática. Por otra parte la falta de industrialización dificultó la formación de movimientos sindicales autónomos y, en general, el fortalecimiento de la sociedad civil.

Los rasgos de las clases dominantes de la región hicieron más ambigua y confusa la conflictividad social. La segmentación y heterogeneidad de los comportamientos burgueses condujeron a la conformación de fuerzas sociopolíticas policlasistas en la mayoría de los países (sobre todo bajo la forma de los nacionalismos populares). Ello pudo haber disminuido las luchas sociales durante ciertos períodos históricos; pero, en general, esos nacionalismos populares multiplicaron las expectativas de las clases subordinadas, las movilizaron, les proporcionaron una perspectiva de poder y les otorgaron los derechos ciudadanos, todo lo cual contribuyó a la radicalización de una a veces sorda y encubierta lucha de clases. Así es que los sindicalismos más pujantes de la región entre 1950 y 1990, los de la Argentina, Venezuela y México, estuvieron vinculados a Partidos nacionales y populares, tal como el justicialismo, Acción Democrática y el PRI.

La violencia que recorrió América Latina desde los años sesenta es la mejor prueba de dureza del enfrentamiento social en la región, porque salvo en cuatro de sus veinte países (Bolivia, Perú, Ecuador y Guatemala), la gran mayoría de ellos no tiene conflictos étnicos ni religiosos.

Todas las observaciones realizadas no niegan ni los rasgos particulares ni cierta autonomía y riqueza teórica de los Movimientos Sociales en relación con el concepto de clase, se trate de movimientos directamente ligados al conflicto capital-trabajo o de aquellos organizados alrededor de problemas puntuales derivados (a veces muy indirectamente) de ese conflicto (por ejemplo, los que pugnan por la defensa del medio ambiente, por la igualdad y libertad sexual, por la igualdad racial, por la paz, etc.). Esa autonomía existe en todos los casos, aunque es más pronunciada en un movimiento estudiantil que en un sindicato obrero. Asimismo, dicha autonomía es mayor en una realidad social compleja (como la latinoamericana de nuestros días) que en las más simples de Europa del siglo XIX.

Más aún, en los años noventa la dificultosa compatibilidad entre desintegración social y subdesarrollo con las prácticas democráticas ha generado una crítica marxista y/o alter-mundialista a la concepción “tourainiana” de movimiento social y al enfoque basado en la relación movimiento social – fortalecimiento de la sociedad civil – democracia política. Un significativo símbolo del avance de esta postura crítica es que el mismo Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), que ahora representa más de cien centros académicos y de acción social de la región, pasó a ser dirigido, a partir de 1998, por científicos sociales que cuestionan las desarrolladas en los años ochenta, representados por sus sucesivos Secretarios Generales, el argentino Atilio Borón y el brasileño Emir Sader.

2. La proyección política de los Movimientos Sociales: diversos enfoques y su crítica

Las Ciencias Sociales encaran de maneras distintas la relación entre los Movimientos Sociales, entre ellos los sindicatos, con su contexto político y, en particular, la existente con los partidos políticos. Entre esas tendencias distinguimos las siguientes:

a) La primera perspectiva considera esencial determinar la articulación de cada movimiento social con las organizaciones políticas que logren integrarlos; especialmente en el caso de los Movimientos Populares, se trata de pulsar su vinculación con un partido popular y/o de clase obrera y con su proyecto de transformación social y política; este enfoque define al Movimiento Social en función esencialmente política.

Las expresiones colectivas de los sectores populares son interpretadas como manifestaciones pre-políticas susceptibles de transformarse en ocasiones destinadas a la acumulación de poder político; y se las observa como ensayos de participación popular constreñidos a ser cohesionados y organizados eficientemente por un partido de vanguardia. En general, partiendo de la premisa simplista de que “todo” es político, se atribuye a “todos” los movimientos y fenómenos sociales una supuesta proyección política, consciente e inconsciente. Si esos movimientos “se resisten” a actuar en función de su inserción política, se los descalifica y se los evalúa como irrelevantes para el desarrollo (o el estudio) de las estructuras sociopolíticas.

Esta concepción prevaleció durante los años sesenta y parte de la década siguiente en diversas corrientes teóricas de las ciencias sociales de orientación crítica³; naturalmente ella subsiste hasta el presente. Una de las limitaciones es que, en todo tipo de sociedad contemporánea (capitalista o no capitalista, desarrollada o subdesarrollada), una considerable mayoría de ciudadanos no se incorpora a ningún partido político y sólo participa en la vida cívica a través del voto periódico y/o de la conformación de la opinión pública (cuando ésta tiene desarrollo y significación).

Por otro lado, un sector importante de la población – no integrada a los partidos – suele formar parte de diversos movimientos o asociaciones de escaso contenido político y, en todo caso, desvinculados de los partidos de cualquier signo ideológico.

Por lo tanto, la frontera que separa un Movimiento Social de una agrupación política suele ser difusa; a medida que las sociedades civiles se hacen más complejas y sólidas se instaura en todas ellas un creciente pluralismo que tiende a limitar el margen de acción del Estado.

b) Una segunda visión toma en cuenta la actual crisis de credibilidad de muchos partidos políticos, incluidos los populares, y subraya que los Movimientos Sociales practican “nuevas formas de hacer política”, con la participación de actores sociales novedosos que conforman sujetos históricos plurales y diversos.

Por ejemplo, T. Evers (1984) subrayó que las ciencias sociales (particularmente en América Latina pero no sólo aquí) tendieron a focalizar el estudio de los Mo-

³ Ya dijimos que muchos analistas de los Movimientos Populares involucrados en ideales de transformación también tendieron a ignorar la existencia de Movimientos Sociales (incluso con apoyo popular) de vocación conservadora y vinculados a partidos de esa orientación.

movimientos Sociales de una manera excesivamente centrada en el tema del poder estatal; habiéndose constatado que muchas de estas organizaciones sociales no se incorporaban a la lucha partidaria ni mucho menos a una acción revolucionaria, habría llegado el momento de investigar con mayor profundidad sus potencialidades, sus mecanismos internos y su proyección política real; esta proyección se caracterizaría por “nuevas formas” de involucramiento en un escenario social que trasciende el ámbito de las relaciones puramente estatales.

Por otra parte, Faletto proponía, casi como una hipótesis por demostrar, que “de forma inorgánica e incluso embrionaria, las reivindicaciones de los movimientos sociales apuntan a una redefinición de los modos habituales con que operaban el conjunto de las relaciones sociales, o como dice Gramsci, ‘el compromiso entre dominantes y dominados’, dando origen a una situación de desagregación de la vida estatal por parte de grandes masas”. (Faletto, 1987, p.146)

Sin embargo, expresamos nuestras serias dudas acerca del rol transformador de los Movimientos Sociales y Populares que simplemente “refugien” o protejan a sus miembros de los avatares de las grandes crisis económicas y políticas de los Estados nacionales y/o de la comunidad interestatal. En fin, creemos que los Movimientos Sociales no pueden escapar de las tendencias hacia la burocratización y la oligarquización de sus grupos dirigentes, que se les achaca a los partidos políticos de cualquier orientación. Para evitar esos fenómenos, descritos a principios del siglo pasado, no se conocen otros recursos que la multiplicación de controles democráticos, jurídicamente establecidos y regulados. ¿Quién puede asegurar que esos controles están funcionando mejor en un Movimiento Social que en un Partido? Quizás haya más participación democrática en pequeñas asociaciones que en los partidos de masas; pero, a la inversa, ello también sucede en pequeños partidos en comparación con los grandes Movimientos Sociales.

c) El tercer enfoque, de índole culturalista, sostiene que los Movimientos Sociales “no deben ser interpretados en clave política (si por ésta se entiende una lucha por el poder), sino como prácticas colectivas de reconocimiento de espacios de relaciones sociales. Desde esta perspectiva, lo que se enfatiza es la emergencia de algo nuevo, en formación: nuevos actores, identidades, formas de acción y contenidos (JELIN, op. cit. p.14.)

Esta aproximación a la realidad de los Movimientos Sociales se inspira explícitamente en la óptica de Melucci (1982), para quien esos movimientos son una construcción del observador que trata de homogeneizar y poner orden en formas de acción colectiva muy diversas y cargadas de significados muy variados. En consecuencia Jelin afirma: “La labor del investigador es la de búsqueda del sentido de una práctica colectiva, sentido que obviamente está anclado en la conceptualización de los propios sujetos, pero que va más allá de la misma” (Jelin, op. cit, p.19)

La crisis estructural de los años setenta (en nuestra región acompañada de dictaduras sanguinarias) generó una creciente desconfianza hacia el Estado, al tiempo que decaían las prestaciones de la seguridad social y, en general, la cobertura de las políticas características del Estado Benefactor. Sectores sociales importantes percibieron el carácter represivo extremo de los gobiernos autoritarios. Sin embargo,

¿es todo ello suficiente para engendrar una “nueva sociedad”?, ¿es que se construyeron identidades colectivas originales y espacios sociales ignotos?

d) Una perspectiva crítica radical recrea la vinculación entre movimientos sociales y acción política desde una clave marxista renovadora o alter-mundialista. En ese sentido, se afirma la posibilidad de que sean los movimientos sociales actores del rescate de utopías libertarias y promotoras de justicia social; ellos estarían enunciando novedosas modalidades de expansión de la ciudadanía y de un ejercicio democrático sustantivo, surgido “desde abajo”. La acción política reformadora sería la resultante de la acción movimientista, encarnada por grupos histórica y socialmente marginados, tales como los campesinos sin tierra, los indigentes que pueblan las “favelas” o las “villas miserias” y los pueblos aborígenes en pleno estado de ebullición. Sin embargo, ¿son las fuerzas políticas que impulsan esos “nuevos” movimientos transformadores tan originales y distintas a los Partidos?

Por nuestra parte coincidimos con la afirmación que, a medida que una sociedad se hace más compleja, menor es la posibilidad de alineamientos dicotómicos en el espacio político y existe menor utilidad práctica de un enfrentamiento organizado según el rígido principio del ‘amigo-enemigo’.

Se trataría, además, de que los puntos de contestación y aun de ruptura de un sistema son múltiples y no están predeterminados, se constituyen históricamente, se producen junto con los sujetos transformadores, por lo que la sociedad no es el ejemplo empírico de una ley de evolución con un final previsto sino un compromiso precario e inestable que una trama compleja y diversificada de conflictos va construyendo.

En los países desarrollados (con mayor razón en los subdesarrollados), el conjunto de los Movimientos Sociales pugna por defender posiciones adquiridas, amenazadas por la gigantesca transformación de las sociedades. Esa actitud defensiva (respecto del poder estatal) es, a veces, la única posible y – a nuestro entender – no puede confundirse con la simple negación de los mecanismos políticos tradicionales. Además, ¿es plausible imaginar cambios sociales significativos y no deseados por el Estado, sin haber desplegado una práctica de acumulación de poder que persuada o controle ese Estado?

Esta postura no pretende descalificar la búsqueda de nuevas connotaciones de la acción social colectiva en una coyuntura donde es real el distanciamiento entre Movimientos Sociales, Partidos y Estado. El valor de algunos puntos de vista que acabamos de analizar reside en haber puesto de manifiesto realidades que la ciencia social había descuidado, tal como la importancia de los fenómenos micro-sociales o los de la vida cotidiana .

Aun así creemos que es necesario debatir y confrontar todos los aportes expuestos sobre la proyección política de los Movimientos Sociales y Populares; en efecto, éstos se encuentran en una situación de transición, determinada por la mutación tecnológica y social en curso, la cual implica, por una parte, una readaptación de los Movimientos ya existentes; y, por otra, el surgimiento de prácticas y actores colectivos novedosos o muy renovados.

Las diversas y múltiples experiencias “movimientistas” encierran aspectos políticos significativos y las organizaciones sociales responden a necesidades y

desafíos que presentan casi siempre alguna connotación política. Por ello, nos negamos al reduccionismo que pretende subsumir todas las prácticas colectivas en el marco de la política partidaria o estatal y tampoco acordamos con la postura opuesta que tiende a diluir lo político en la acción puramente social. Los Movimientos Sociales, incluidos los Sindicatos, huérfanos de partidos políticos que los representen, pueden ver frustradas las aspiraciones de sus miembros; su hostilidad a la acción política y a los partidos, pueden contribuir a la dislocación social y/o al mantenimiento del "status quo" como resultado de esa misma desintegración.

Desde nuestro punto de vista, apoyado en el análisis de más de dos décadas de transiciones democráticas, los Movimientos Sociales y Populares latinoamericanos se han multiplicado y han extendido su influencia durante los últimos años; ello sucede también en otras partes del mundo. Pero creemos que su aporte a un proceso de mejoramiento de las sociedades periféricas y subdesarrolladas depende del contexto histórico-social de cada país.

3. El sindicalismo latinoamericano, un movimiento social singular y en crisis

El sindicalismo representativo de los intereses del trabajo, fue el movimiento social "viejo" que tuvo mayor influencia en la evolución socio-histórica de los dos últimos siglos y mayor proyección política. Algunas de las reflexiones anteriores se le aplican, teniendo en cuenta su evolución reciente; sin embargo sigue siendo un hecho social singular

En los países industrializados el sindicalismo luchó por los derechos sociales y luego impulsó la creación de partidos políticos propios o próximos, al mismo tiempo que se demandaba el sufragio universal. El resultado de esa larga puja fue, después de 1918, la aparición del Estado de Bienestar y la generalización de la competencia política democrática. La fórmula justicia social más elecciones libres y competitivas entre partidos que representan diversos sectores sociales, se consolidó en los Estados capitalistas desarrollados después de la Segunda Guerra Mundial. Este ordenamiento político otorgó un rol significativo al movimiento sindical. Aun así, cabe aclarar que el poder de los sindicatos es esencialmente particular o sectorial y nunca equivalente al poder del Capital. En primer lugar, es frecuente que la unidad sindical no exista y que, por lo tanto, cada sindicato o grupo de sindicatos luche por intereses sub-sectoriales, propios de fracciones más o menos amplias de la clase obrera; en este caso, la existencia de un interés global del conjunto de los trabajadores es muy difícil de visualizar. Luego, el poder económico cierto que llegan a tener los sindicatos, sobre todo en los países desarrollados, es menor que los recursos de los que dispone el sector capital a nivel de la sociedad global y cuando actúa en función política. Parece evidente que los medios económicos de una empresa aislada pueden ser menores que los de una federación sindical pero, en el párrafo anterior, confrontábamos la potencialidad del sector trabajo, organizado sindicalmente, con la del conjunto de los capitalista.

Por otra parte, el movimiento sindical, y en general el movimiento obrero, constituye una fuerza socio-política con la que hay que contar en todo país algo industrializado.

Pese a que los obreros organizados no han podido destruir el sistema capitalista y crear una sociedad mundial superior, sus luchas y su presencia han contri-

buido a modificar las prácticas sociopolíticas de casi todos los Estados y sociedades actuales.

No existirían clase obrera ni siquiera sindicatos, si esos grupos subordinados, sometidos a la explotación capitalista, no hubiesen tomado conciencia de su situación, reaccionando y organizándose en sindicatos y partidos políticos por primera vez en la historia de la humanidad; sólo es a partir de la formación de los mismos que las luchas obreras abrieron importantes espacios democráticos y, en los países desarrollados, contribuyeron decisivamente a superar o mitigar el “drama de la condición proletaria” (misericordia, hambre, etc.)

La presión sindical y política y la crisis del sistema capitalista condujeron a reformas sociales negociadas entre el Capital y el Trabajo y a una gradual transformación de la estructura económica (con mayor intervención del Estado en el proceso productivo) y de las relaciones políticas (con el acceso de los partidos obreros al gobierno, etc.).

Dichas transformaciones determinaron a su vez una evolución de las prácticas y de las propias formas organizativas del sindicalismo a nivel internacional y en cada país.

Las principales tendencias generales de esa evolución, a partir de 1914-1930, fueron:

- La conformación de un sindicalismo de masas, correspondiente al desarrollo de la gran empresa industrial, el cual se caracteriza por el surgimiento de una conducción obrera profesionalizada y burocratizada y el crecimiento de su poder sociopolítico.
- El predominio numérico del “reformismo” sindical sobre las posturas “revolucionarias”, sea a nivel ideológico, sea a nivel de la acción social; ello conduce a una creciente aceptación de la sociedad capitalista y a un gradual abandono de las aspiraciones obreristas en orden a cambiarla radicalmente.
- El debilitamiento del internacionalismo sindical y político del movimiento obrero, tanto a nivel ideológico como organizacional. Si esto condujo a un énfasis en las luchas sociales de índole “local” y a una mejor comprensión del fenómeno “nacional” por parte de los sindicalistas, su acción social se vio relativamente debilitada por el paralelo incremento de la internacionalización del capital y la aparición de los grandes oligopolios transnacionales, cuyo despliegue económico-político desborda ampliamente el poder acumulado por los sindicatos “nacionales” o “locales”.

En consecuencia, surgieron organizaciones y grupos dirigentes sindicales con rasgos sociopolíticos que los hacían, al menos potencialmente, más aptos para convertirse en actores de un proceso de concertación social que implicaba, también potencialmente, la perspectiva de los “pactos sociales” con las burguesías respectivas.

Una somera visión comparativa confirma la hipótesis que gran parte del sindicalismo se vincula a los partidos políticos de forma cambiante y correspondiente a las transformaciones estructurales y a las situaciones coyunturales de cada sociedad. Quizás una característica común actual, sobre todo en países subdesarrollados, es el predominio del pragmatismo político e ideológico, particularmente agudizado

por los efectos de la actual transformación del sistema capitalista, ante la cual las respuestas sindicales son, hasta el presente, titubeantes. Como consecuencia de ese pragmatismo las relaciones actuales sindicatos-partidos políticos tienden a hacerse más diluidas y confusas y menos sólidas que en el pasado.

Si nos referimos a América Latina, existieron en ella organizaciones sindicales socialista, leninista y social cristiana que reprodujeron y/o adaptaron los esquemas de vinculación con partidos políticos característicos del gremialismo europeo, sea el de la ideología clasista o el de la cooperación de clases; entre 1940 y 1990 formamos tres centrales sindicales regionales correspondientes a esas posturas ideológicas internacionales. En ese período también surgieron sindicatos obreros que adhirieron al proyecto político-social del nacionalismo popular, corriente autóctona que se desarrolló en la mayoría de los Estados de la región como una respuesta a las condiciones de dependencia económica y política que caracterizaron la evolución de las áreas periféricas del sistema capitalista a partir de 1880. Este sindicalismo tuvo rasgos originales correspondientes al carácter específico de los movimientos sociopolíticos de los cuales formaron parte; y sus formas de vinculación con los mismos se correspondieron con el pragmatismo político e ideológico del nacionalismo popular y la diversidad de sus expresiones. En el México de Cárdenas, en el Brasil de Vargas, en la Argentina de Perón y en Venezuela de Betancourt las centrales sindicales tuvieron vinculaciones estrechas con los respectivos Estados, con mayor o menor grado de dependencia. Se trató de un gremialismo con rasgos corporativos y mayor fuerza y poder políticos que las organizaciones "clasistas".

En general, en casi toda la región esas organizaciones sindicales no lograron reivindicaciones satisfactorias; los bajos salarios y el alto nivel de desempleo hicieron imposibles los pactos sociales que generaron las bases de los Estados de Bienestar de países desarrollados. Aun en Argentina y Uruguay, con mejores niveles de ingresos y de protección del trabajo, no se lograron acuerdos sociales y políticos estables que crearan una relación armónica entre el Capital y los trabajadores.

Como en todo el mundo, la nueva revolución tecnológica y económica que se concretó a partir de 1980 cambió fundamentalmente el potencial de los sindicatos y afectó al conjunto de las sociedades y los Estados. Hoy es difícil encontrar aportes de las Ciencias Sociales en ninguna parte del mundo sin atender a los efectos de este gran cambio.

Los nuevos alcances del trabajo y de la creación de la riqueza han generado un proceso de dispersión productiva que ubica en el centro de la escena social a la empresa.

Ello se resume bajo las formas siguientes:

- Ha surgido una nueva estructura social, cuyo rasgo característico es la heterogeneidad creciente de los actores productivos; las empresas, los trabajadores y las organizaciones que representan a unos y otros son cada vez más heterogéneos.
- A nivel jurídico-institucional se registra un gradual proceso hacia la flexibilización que se manifiesta en la reforma de la legislación laboral y en la aplicación de hecho de las nuevas modalidades de relaciones laborales. Por una parte, se tiende a realizar acuerdos por empresas en lugar de los antiguos

convenios laborales por rama de producción; por otro lado, se mantienen, en ciertos casos, la forma y la letra de los convenios tradicionales pero los productores pasan a trabajar con métodos y categorías novedosos, no estipulados en las normas contractuales o en la legislación laboral.

En síntesis, el rol central de la empresa se acentúa por un fenómeno paradójico que recorre el mundo industrializado. El despliegue de nuevas tecnologías fue acompañado de una merma del empleo industrial y de la aparición del desempleo estructural.

Seguramente las causas de la crisis del empleo son muy complejas; y su solución implica una diversidad de medidas tales como la adecuada formación en las nuevas tecnologías de información, la reforma de los sistemas de educación y el financiamiento de las empresas para que ellas mismas puedan contribuir a la difusión de sus nuevas técnicas de producción.

Sin embargo, esta realidad conduce a una creciente polarización de las sociedades entre los trabajadores y los desempleados, entre los trabajadores estables y una creciente cantidad de "atípicos" (a tiempo parcial, temporarios, etc.), entre las grandes empresas y las pequeñas y medianas, etc. Según las ópticas más o menos optimistas o pesimistas, se pueden pensar escenarios futuros posibles.

¿En qué medida son aplicables estos análisis a las relaciones obrero-patronales en el mundo subdesarrollado y periférico?

Antes de 1980 la mayor o menor aplicabilidad de dichas reflexiones al llamado Tercer Mundo dependía del grado de industrialización / urbanización y el consiguiente desarrollo de las Políticas Sociales y de embriones del Estado de Bienestar. Las experiencias de los Estados latinoamericanos y, a su vez, las de éstos en relación a los asiáticos o africanos fueron muy diversas.

Con la crisis de los años setenta se profundizó la dualidad de las economías subdesarrolladas y se dislocó una parte significativa de los arreglos sociales, con o sin participación estatal, al liberalizarse el comercio y al reducirse el rol regulador del Estado.

Cabe subrayar que, antes y después de los años de grandes reformas de mercado, un sector clave de las economías subdesarrolladas estuvo conformado por las empresas transnacionales, cuyo comportamiento fue atípico respecto al contexto del subdesarrollo y, en casi todos los casos, excedía la capacidad de control real de la gran mayoría de esos Estados. Naturalmente, debido a la mundialización en curso, este fenómeno se ha agudizado en la periferia y, en cierto modo, generalizado al conjunto del sistema capitalista.

El resultado de estos cambios para el sindicalismo latinoamericano fue negativo para sectores subalternos organizados. Enrique de la Garza Toledo afirmaba, en 2002, que los sindicatos "clasistas", disciplinados por la hiperinflación e incapaces de un proyecto alternativo al neo-liberal, fueron derrotados y deslegitimados por el colapso de los "socialismos reales" y las posibles alternativas superadoras del capitalismo. Los sindicatos "corporativos" (Argentina, México y Venezuela), más o menos subordinados a las políticas neo-liberales, tuvieron cada vez menos que ofrecer a sus agremiados y perdieron credibilidad, fragmentándose sobre todo en México y

en Venezuela. Los nuevos sindicatos de empresas, tal como en Chile, resultaron incapaces de crear un proyecto general que incidiese significativamente en la redistribución de riqueza.

Los sindicatos latinoamericanos nunca habían logrado Estados de Bienestar plenos y, después de los ajustes “neo-liberales” emergieron más debilitados y más inclinados a buscar alianzas con otros movimientos sociales. Los notables y crecientes índices de desigualdad social acentúan la conflictividad entre capital y trabajo y entre incluidos y excluidos.

Sin embargo el citado autor no llega a analizar hechos más recientes: el primer Partido creado por trabajadores, con el sindicalista Lula a la cabeza, llegó al gobierno en Brasil y se hizo reelegir para un segundo período presidencial, con las contradicciones simbólicas y prácticas que ello implica. En Uruguay triunfa por primera vez un Frente de izquierda social demócrata vinculado con la Central Sindical. En Bolivia un movimiento social, derivado de prácticas sindicales, llevó a la Presidencia a Evo Morales, un indígena que reivindica derechos económicos, sociales y étnicos de pueblos expoliados durante siglos. Los Presidentes Correa, Chávez y Ortega tratan de organizar Estados viables con el apoyo de nuevos Movimientos Populares. En Argentina la antigua CGT y la nueva CTA recuperan protagonismo gracias a la política laboral del Gobierno Kirchner. En síntesis, el sindicalismo en la región latinoamericana, aun debilitado, no está en vías de extinción. Más aun, en 2006 las Centrales Sindicales Internacionales socialdemócrata y social cristiana restablecieron la unidad del movimiento obrero tras sesenta años de divisiones. Ello repercutirá favorablemente en nuestra región.

Algunas Conclusiones Provisorias

Hemos sistematizado aportes y debates de los estudios sociopolíticos sobre los Movimientos Sociales, su proyección política y la situación del sindicalismo, particularmente en América Latina. Privilegiamos algunas conclusiones que sólo clarificarán mayor número de estudios comparativos:

- se han multiplicado movimientos sociales que expresan una creciente heterogeneidad social;
- los antiguos sindicatos más dinámicos se están transformando en movimientos de sectores sociales subalternos que incluyen a desocupados y marginalizados; este proceso es progresivo, dificultoso y no exento de resistencias;
- se verifican diversidad de proyecciones políticas de esos movimientos y sindicatos, lo cual incluye un creciente número de asociaciones que promueven partidos políticos o se incluyen en ellos;
- el sindicalismo, debilitado en el área latinoamericana en los años noventa, subsiste como un movimiento social significativo en toda sociedad capitalista y necesariamente ligado a los partidos políticos próximos, así como relacionado con el Estado;
- los sectores subordinados pueden concebir la organización de múltiples formas de colaboración entre movimientos sociales que los representan, incluidos los sindicatos.

Afirmamos, por nuestra parte, que existe un inconciliable y antiguo debate en América Latina y en el mundo acerca de las perspectivas de democratización en un contexto social y político marcado por la polarización social que vive nuestra región. Es preciso encontrar una senda que permita superarlo.

La Ciencia Política y disciplinas conexas están obligadas incluir en su necesaria renovación teórica el tema del trabajo y sus consecuencias. En una sociedad capitalista es preciso investigar las identidades colectivas y la transformación de las relaciones laborales, dada la fragmentación del mercado de trabajo y la del proceso productivo. Es plausible que un porcentaje de los trabajadores no puedan o no quieran actuar colectivamente, lo cual explica el descenso de la tasa de sindicalización en la gran mayoría de los países desarrollados y sub-desarrollados. Sin embargo, las organizaciones gremiales subsisten, tanto como su razón de ser principal, cual es la búsqueda de los equilibrios posibles entre dos actores sociales con distinto poder, por un lado el capitalista que ofrece puestos laborales y, por otro, el individuo que vende su fuerza de trabajo. Las actuales (y futuras) relaciones laborales están determinadas por la existencia (o inexistencia) de negociaciones entre empresas y sindicatos y por la simetría (o asimetría) de los actores sociales que negocian.

Es parte esencial de la configuración de esas negociaciones el Estado y sus realidades sub-nacionales. Sin la presencia del poder político como su regulador y árbitro, la vinculación capital-trabajo se transforma en puro conflicto. No hay democracia estable viable sin relaciones laborales mediadas por el Estado, a partir de un pacto social construido a partir de un sistema de partidos políticos. Especulaciones politológicas que ignoren esta constatación pueden ser irrelevantes en este momento histórico. En América Latina restan por construir los equilibrios sociales y políticos que hagan posible dicho sistema de relaciones del trabajo, basado en Sindicatos fuertes y en un sector capitalista dispuesto a negociar.

BIBLIOGRAFIA

- BORON, A. y LECHINI, G. (comp.). "Política y Movimientos Sociales en un mundo hegemónico". Buenos Aires: Ed. CLACSO, 2006.
- CALDERÓN, F. y JELIN, E. "Classes Sociais e Movimentos Sociais no América Latina". In: *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, n. 5, vol. 2. São Paulo, outubro, 1987.
- _____ y SANTOS, M. *¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?* Buenos Aires: Ed. CLACSO, 8 t, pp.1988-1990.
- DE LA GARZA, T.(comp.). *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*. Buenos Aires: Ed. CLACSO, 2002.
- EVERS, T. "Identidade: a fase oculta dos novos movimentos sociais". São Paulo: *Novos Estudos, CEBRAP*, 1984.
- FALETTO, Enzo. Movimientos Sociales en la democracia. In: *Nueva Sociedad*, n. 91, Caracas, octubre de 1987.

- JELÍN, Elizabeth (org.). "Los nuevos movimientos sociales". Buenos Aires: Centro Editor de América Latina/CEAL, 2 vols., 1985, p. 14.
- MELUCCI, A. *L'invenzione del presente: Movimenti, identità, bisogni individuali*. Bologna: Ed. Il Mulino, 1982.
- REHFELDT, H. *Globalización, neocorporativismo y pactos sociales* Buenos Aires: Lumen Humanitas, 2000.
- SEOANE, J. (comp.). *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*. Buenos Aires: Ed. CLACSO, 2005.
- TARROW, S. *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Ed. Alianza, 1994.
- TOURAINÉ, A. *Actores Sociales y Sistemas políticos en América Latina*. Santiago de Chile: PREALC, 1984.